



Estas son las manos de Fernando y de Marimer.

Su historia os la cuento ahora

Del mal vivir al buen morir

Mercedes Ros Rodríguez

6-8-2023

Él fue un niño de la guerra y eso marcó su vida. Ahí empezó a tener pérdidas, duelos de padre, de hermanos, de abuelos, de primos, que nunca supo resolver. Pertenecía a una familia de clase alta, y pudo estudiar fuera de su pueblo tres carreras y ejercer la que más le gustó, la que era su verdadera vocación: educación especial en un colegio para niños especiales.

Su condición sexual no estaba muy de moda en aquella época por lo que se vio obligado por su familia a casarse y a tener hijos, acto que no lo hizo nada feliz, ni a la familia que formó tampoco. Su mujer evidentemente no sabía nada, pero es algo que se mantuvo en silencio siempre. De la rabia y frustración que tenía la molía a palos y de paso a sus dos hijos les infligía maltrato psicológico. Marimer fue creciendo llenita de miedo creyendo que se encontraría con la muerte de su madre cara a cara cualquier día al volver de cole y le aterrorizaban las sirenas de las ambulancias. Siempre pensaba:” ¡allí va mi madre!” Era muy pequeña y no podía defenderse, ni mucho menos defender a nadie de esa desgraciada situación; solo aprendió a proteger a su hermano de los momentos desagradables, llevándoselo a la calle. Fueron creciendo y todo creció con ellos, los malos tratos y el miedo también.

Marimer a los dieciocho años estaba enfermando física y mentalmente y decidió irse de casa, sin escándalos, a estudiar una carrera que no había en su ciudad. Fue a salvar su pellejo a Madrid, pero dejó allí a su pequeño hermano sin nadie que lo defendiese. Cuando salió la ley del divorcio, la madre se envalentonó y se divorció de Fernando, el padre. Nandi, su hermano ya tenía quince años y un fatídico día encontró a su padre con un hombre. Fue tal el impacto de lo que vio que dejó de estudiar para comenzar “una gran carrera” de drogadicción, de alcoholismo, de estar tirado por la calle y como consecuencia todo acabó en una esquizofrenia. Salió a la luz lo que tanto había ocultado la familia. Marimer siguió en Madrid, pero le retiró la palabra a su padre. Nunca más fue a visitarlo, nunca más se acercó a él, no lo invitó a su boda, aunque lo hizo su madre y, Fernando, esa mañana apareció. Marimer miró a su madre y pidió explicaciones muy enfurecida. Su madre, pausadamente, le dijo:” Hija mía, lo he invitado yo, porque algún día a lo mejor lo perdonas y te arrepientes de no haberlo hecho”. Así que se le dio su sitio en la mesa presidencial y los acompañó ese día.

Tampoco se lo hizo saber cuándo fue abuelo, pero él se enteró y se presentó en su casa a conocer a su nieta Ana.

Marimer lo recibió sin apenas hablarle, le mostró a la niña y cuando se fue lavó la cara de su retoño porque él le había dado un beso. Había llegado a ser muy cruel con su padre.

Pasaron muchos años, ella se había marchado de Madrid a Oviedo donde tuvo otra hija, Marina y el destino los llevó de nuevo a Granada, a vivir justo a un piso puerta con puerta con él.

Él ya era viejecito y fue acercándose poco a poco, pidiendo cita para poder visitar a sus dos nietas una vez a la semana, luego dos veces, hasta que se coló en el corazón de las niñas. Nandi, su hijo, dañado de tanta enfermedad, por esos días se suicidó, y su hija odió a su padre con toda el alma porque lo culpó de la muerte de su hermano. Pasó un tiempo y ella tuvo otra hija, María. Se encontraba desbordada con una madre y un padre en duelo irreparable y sin su amado hermano. Aflojó tirantes y permitió al abuelo disfrutar de sus nietas. Él era criador de canarios por afición y se llevaba a las niñas a la terraza de su ático y les enseñaba como los hacía cantar y las dejaba alimentar a los polluelos recién salidos del cascarón. A ellas les fascinaba todo lo que hacían con él. Fernando demostró ser un grandísimo abuelo. Marimer tuvo otro hijo, Edu y él cuidó de todos, les contó miles de historias, los llevaba de paseo y les compraba grandes helados. Pero ella sin ser consciente, seguía testaruda con su enfado, que además no le hacía ningún bien. Marimer, acabó enferma de desesperación, de impotencia y un aneurisma cerebral, cuando su hijo Edu tenía solo 20 días, la llevo a tener una ECM (experiencia cercana a la muerte) donde pudo pasar al otro lado y conversar con su hermano. Allí le dijeron que tenía que caminar de nuevo hacia la vida, había cosas que resolver, criar a sus hijos, perdonar lo imperdonable y dejar un camino transitable para todo el mundo. Volvió, no muy convencida, pero volvió. Volvió sin memoria de su vida. Amnésica al cien por cien. Pasó muchos años intentando recordar su vida anterior, sanando su cuerpo, y empezó a trabajar esa misión que se trajo cuando decidió vivir, con todas sus consecuencias. Su padre, ya estaba integrado en su vida y ella creía que lo había perdonado, pero no era así. Quedaba mucho rencor encubierto.

Fernando se fue haciendo muy viejito y convirtiéndose en un inocente, pero tenía claro que nunca iba a molestar a su hija y seguían en sus casas puerta con puerta. Marimer le llevaba la comida y la cena, pero él ya no podía salir con sus nietos ni jugar con ellos. Se le olvidó que había perdido a su hijo y se liberó de ese sufrimiento y por motivos de higiene, seguridad y confort tuvo que ser internado en una residencia. Le costó adaptarse y estuvo muy agresivo durante el primer año. Vivió allí cuatro años y conforme fue envejeciendo se fue convirtiendo para ella en un ser adorable, porque fue perdiendo esa maldad que ella veía y que posiblemente nunca existió (él tuvo una vida muy dura siendo quien no era y solo supo manifestarlo con agresividad). Llegó a quererlo muchísimo y a mirarlo con mucha compasión. Sus cuatro nietos y ella hacían turnos para que todos los

días tuviese visita. Ninguno se quejó nunca. Le daban copazos de anís y patatas fritas, que era lo que más le gustaba del mundo.

Cuatro años con sus inviernos y sus veranos. El último verano se fueron todos menos Marina de vacaciones. Llamaron a Marimer porque al hombre le había dado un ictus. La primera en llegar lógicamente fue Marina y tres horas después Marimer. Al día siguiente acudieron todos los demás nietos, que estaban bastante lejos y sabían que era el final. Con ese ictus se le paralizaron la lengua y la garganta. No había nada que hacer. Volvieron a la residencia y el médico solo quería ponerle un tubo por el abdomen para alimentarlo, porque según decía, así podría tener una gran calidad de vida con sus 94 años. Marimer pensó en lo que quería para ella misma y no era precisamente un tubo por la barriga. Consultó con sus hijos y decidieron dejarlo tranquilo. En la residencia se enfadaron y le quitaron el suero con la hidratación obligándolos a poner el tubo que ellos querían con fines económicos, no terapéuticos, pero no fue así. Los familiares llamaron a un médico particular que le puso todo lo necesario para que pudiese tener un buen morir.

En aquellos días Fernando recobró la lucidez y quería hablar todo el rato, pero no podía, así que Marimer y sus cuatro nietos tuvieron que hacer de intérpretes. Ahora os voy a contar los diálogos.

Fernando no podía responder. Solo gesticular con su boca medio torcida, asentir o negar con la cabeza, llorar, asombrarse y mover las manos.

Esta conversación se produjo a lo largo de los tres días que le quedaban de vida, pues a ratos dormía o se quedaba inconsciente.

M: papá, no te asustes de lo que te voy a decir. ¿Sabes que te ha dado un ictus?

F: sí.

M: ¿Sabes que no tiene vuelta atrás?

F: sí.

M: ¿Sabes que estamos todos aquí acompañándote?

F: sí.

M: ¿Sabes que no te vamos a dejar solo?

F: sí.

M: ¿Hay algo que quieras decirnos?

F: sí.

M: ¿Tienes miedo?

F: síiiii.

M: ¿Piensas que has sido malo?

F: sí.

M: ¿Crees que vas a ir al infierno?

F: sí.

Marimer salió a comer y a su regreso los nietos estaban acariciándolo y le habían puesto música con canto de canarios.

M: papá, ya he vuelto y tengo una gran noticia para ti.

F: se encoje de hombros y abre mucho los ojos como diciendo: cuéntamelo.

M: me acabo de enterar de que el Papa ha dicho que el infierno no existe.

F: ¡eso no puede ser!

M: te lo juro, papá. No existe, así que no tienes por qué tener miedo.

F: llora. Tantos años asustado que no lo puede creer.

M: ¿Sigues teniendo miedo?

F: sí,sí,sí,sí.

M: ¿quieres pedir perdón a alguien?

F: sí.

M: ¿A tu hijo Nandi?

F: no.

M: ¿A mi madre?

F: sí.

M: papá, ella ya te perdonó, os perdonasteis mutuamente cuando ella estaba a punto de partir...¿no te acuerdas?

F: no.

M: pues lo hicisteis y al final tú ibas al hospital a verla y la peinabas.

F: llora con desconsuelo.

M: ¿A alguien más quieres pedirle perdón?

F: sí.

M: ¿A mí?

F: sí.

M: papá yo ya te he perdonado.

F: agitando las manos ...noooooooo

M: papá, yo también te pido perdón a ti porque fui injusta muchas veces contigo y lo siento mucho, pero ahora ya estamos bien.

F: sigue negando con la cabeza.

M: ¿no me perdonas?

F: asiente, llora y le pide que se acerque para besarle las manos y acariciarla con ternura.

M: papá, el rencor se acabó.

F: sigue llorando.

Ese día, Marimer se tuvo que marchar a Toledo con María, su hija. Volverían a la mañana siguiente después de resolver un asunto de la universidad. Las llamaron a las siete de la mañana, que fuesen a la residencia, que al abuelo le había cambiado la respiración y era la recta final. Volvieron de Toledo a Granada en dos horas.

Cuando ella se fue, él supo que ya se había producido ese perdón de corazón por parte de ella.

Al llegar, estaba con sus nietos, Edu, Ana y Marina. Era un día de julio muy caluroso, pero él estaba muy frío. María se metió en la cama con él, para darle calor.

M: papá, ya estamos otra vez aquí.

F: hizo un gesto para que ella se acercase y le dio un beso.

M: papá, tu cuerpo ya no está bien, toca partir. Estamos contigo. El paso es muy bonito. ¿Ves todos los que te están esperando?

F: sí.

M: papá ¿está tu hijo?

F: sí.

M: papá, ¿ves a tu madre?

F: con una media sonrisa asiente.

M: ¿está tu padre?

F: sí.

M: ¿está mi madre con los brazos abiertos esperándote?

F: sí.

M: ¿pertenece mi madre a tu familia de alma?

F: sí.

M: papá, te doy las gracias por tu vida, por vuestra vida en la tierra y por todas las enseñanzas que me has dejado, que me habéis dejado. Estoy orgullosa de vosotros y os quiero. Ve en paz. Te están esperando. Suelta nuestras manos y coge las de ellos que te llevarán a la luz.

F: lloró tranquilo.

Tres de sus nietos se despidieron de él. Ana se quedó con su madre y a la hora en punto del ocaso él dejó de respirar sin hacer ruido, sin abrir los ojos.

En ese instante, se abrió una puerta entre la eternidad y la tierra y nosotras estábamos allí.